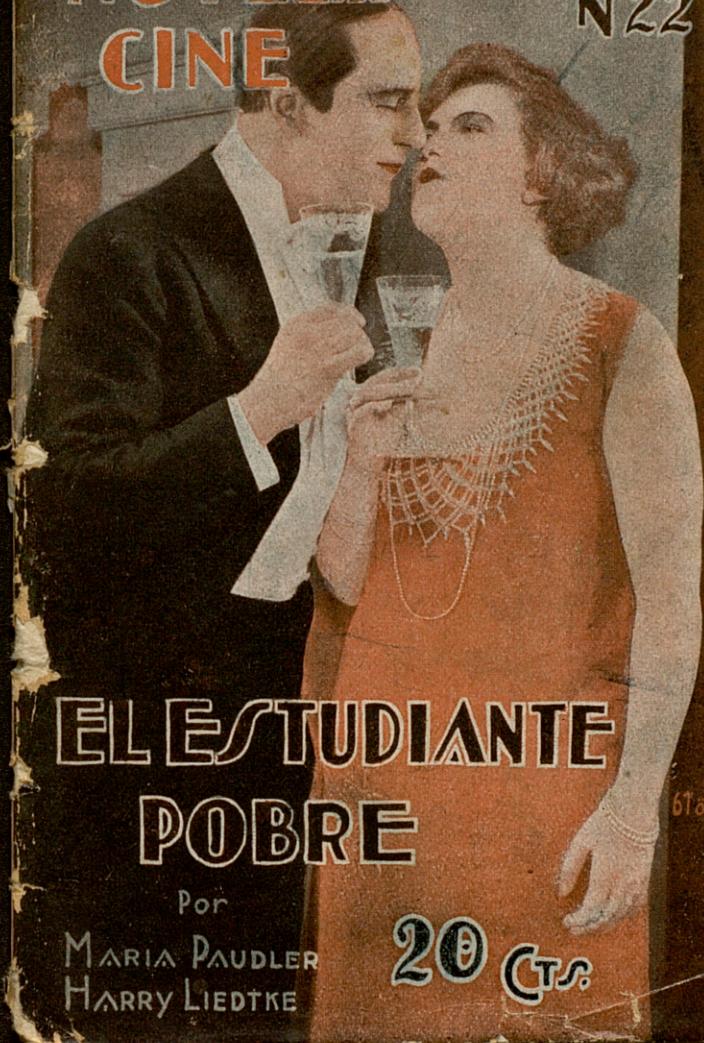


NOVELA  
CINE

Nº 22



FLECK, Jacob y Luisa

## El estudiante pobre

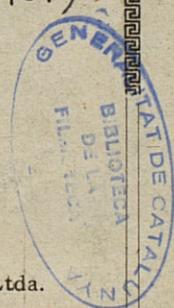
Adaptación en forma de novela de la película del mismo título, interpretada por los célebres artistas

HARRY LIEDTKE  
MARIA PAUDLER

Y

AGNES DE ESTHERAZY

(Der Bettelstudent, 1927)\*



Exclusivas Príncipe Films Sdad. Ltda.  
Calle Aragón. BARCELONA

Sermany Screen, 174. 219. 303 y 339

AÑO I

BERLÍN - BARCELONA - LOS ANGELES

NÚM. 22

## NOVELA CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
BOU DE SAN PEDRO, NÚM. 9 - BARCELONA

**Sale los jueves**

### PRIMERA PARTE

Nos hallamos en pleno Carnaval, las risas alegran las calles y la alegría parece comunicarse a todos. Son los días de sano regocijo, cuando el alma abandona por unos instantes los dolores de la vida y se lanza risueña en busca de algunas horas de olvido.

Aquella mañana, el mercado de Cracovia ofrecía un pintoresco aspecto bajo el blanco manto de tisú que le presentaba la nieve que le cubría.

Una inmensa muchedumbre invadía el mercado y los gritos de los vendedores pregonando sus mercancías parecían querer atolondrar al comprador que se acercaba a algunos de los puestos.

Recostados sobre la pared, dos muchachos jóvenes contemplaban aquel bullicio y uno de ellos, el que parecía de más edad, le dijo a su compañero:

—¡Lástima que no tengamos nada que vender, hoy podríamos haber hecho el gran negocio!

El que así se lamentaba no era ningún vendedor, sino sencillamente un pobre estudiante. Pobre en dinero; pero inmensamente rico en sueños de gloria, de ilusiones... de alegre juventud.

El otro era Juan Raspack, un muchacho todo jovialidad y optimismo, amigo inseparable de Henry Zaleski, que así se llamaba su acompañante y cómplice de todas sus travesuras.

—No te apures — le dijo a su compañero — yo no sabré lo que es coger un libro; pero voy a demostrarle mis grandes aptitudes de comerciante.

En efecto, se acercó a varios puestos y, adoptando una actitud de desvalido, entretuvo a los vendedores con sus peticiones, mientras que a la vez iba guardándose en los bolsillos de su raído gabán cuantas mercancías hallaba a mano.

Cuando se creyó con suficiente género para empezar su original negocio, se trasladó, con su amigo, a otro lugar del mercado y empezó a pregonar a grandes voces:

—¡Vengan, señores, vengan...! ¡No se dejen engañar por los revendedores...! ¡Nadie "puede" vender tan barato como nosotros! Vendemos casi al precio de "coste"...!

El viejo sargento Gogol, uno de esos seres populares que suele haber en cada población, que había observado la maniobra de los estudiantes, se acercó a ellos y les dijo.

—Con que al precio de coste, eh? ¡Ahora veréis lo

que os va a costar...! Por lo pronto os vais a venir conmigo a la Jefatura de Policía.

Era el jefe superior de policía el antiguo coronel Ollendorf, bravo militar, que todavía no había podido



Y estrechándola fuertemente entre sus brazos...

demostrar su valor, pero el cual quedaba anulado, sin embargo, ante una caricia de su único sobrino: el teniente Ladislao Matyko, el cual desempeñaba a la vez las funciones de ayudante del coronel. Su divisa era: "No hacer nada y seducirlas", un verdadero "castigador", como diríamos ahora.

Su tío lo sorprendió aquella mañana repasando los

retratos de varias mujeres y al contemplar la belleza de las mismas no pudo menos de exclamar:

—Parece mentira que, siendo teniente nada más, tengas tanto partido entre las mujeres; yo soy coronel y no me atrevo ni a declarar mi amor a la mujer que amo... ¿Cómo te las arreglas?

—Eso es sencillísimo, tío... ¿quieres que te enseñe la forma de conquistarlas? Aprovecha la ocasión de poder hablar a solas con ella y fingiendo luego una voz velada por la emoción, la dices: "Señorita, existe un hombre que sufre y tiembla por usted..."

—¡Admirable! — le atajó su tío —. Voy a escribirlo para que no se me olvide.

Cuando hubo copiado las instrucciones que acababa de darle su sobrino, entró el sargento Gogol acompañado de los dos estudiantes y dió cuenta al coronel de la falta que éstos habían cometido.

—Me cogen ustedes en un momento de optimismo y no los condeno... más que a tres meses de arresto — exclamó Ollendorf.

—¡Caramba! — se dijo interiormente Henry — si se descuida nos manda a trabajos forzados.

Pero la jovialidad de su carácter no era para que tomase nada en serio y respondió burlonamente:

—Su bondad me conmueve, coronel... me dan ganas de abrazarle, como si fuera usted mi padre.

El mismo Gogol fué el encargado de conducirlos a la cárcel y una vez los tuvo encerrados les advirtió, antes de marchar:

—Tened presente que ésto no es una Universidad..

¡Ojo con lo que hacéis si no queréis que se prolongue el "veraneo".

Cuando quedaron solos, comprendieron el aburrimiento que les esperaba y Juan exclamó:

—Todos los negocios tienen sus quiebras y la nuestra no va a ser motivo para que nos aburramos solemnemente. Hay que inventar algo para distraernos, mientras dure nuestra detención.

Y la juventud, que es alegría perenne, pronto halló el medio de distraerse, en unión de los demás compañeros de prisión.

## SEGUNDA PARTE

El antiguo palacio de los condes de Novalská, era donde se hallaba encarcelado el corazón del coronel Ollendorff y su carcelera era, sin saberlo ella misma. Laura Novalská, un alma impregnada de dulce romanticismo y que desconocía todavía el perfume embriagador del amor. Su belleza suave y dulce, como la de una madona, tenía aprisionado entre sus redes de oro. al viejo coronel, aunque, como él había dicho a su sobrino, no se hubiese atrevido nunca a expresarle a la muchacha el sentimiento que le había inspirado.

En contraste con su carácter, su hermana Bella, era un muchacha inquieta, picaresca y graciosa, como un diablillo, capaz de hacer perder la serenidad al hombre más pacífico.

La mañana en que se sucedían los hechos que venimos relatando, entró la condesa en el aposento donde estaban sus hijas y entregó a Laura un hermoso ramo de flores con una tarjeta del coronel, que decía:

### "Máximo Ollendorff"

Tiene el gusto de saludarla y comunicarle que hoy, a las doce, tendrá el honor de presentarle sus respetos"

En efecto, a la hora indicada, el viejo Onofre, antiguo criado de los condes y que en la actual decadencia se había convertido en toda la servidumbre de la casa, anunció la visita del coronel y de la de su sobrino.

—La señora me ruega que tengan la bondad de esperar un momento, que en seguida viene — les dijo el criado haciéndolos pasar.

Cuando quedaron solos, el señor Ollendorff, exclamó:

—Tengo un miedo horrible, Ladislao.

—No temas — repuso su sobrino —. Sigue mis instrucciones al pie de la letra y antes de una hora será tuyo el corazón de la dulce Laura.

Pero, a pesar de esta confianza que le daba su sobrino, cuando vió aparecer a la mujer amada, sintió más emoción que si se encontrara frente a un enemigo poderoso.

—He querido venir yo personalmente para entregarles las invitaciones del baile de máscaras de esta noche — explicó el coronel.

—Muy agradecida a su bondad — expresó la condesa, que recordaba con pesar sus pasados días de esplendor y esperaba que el casamiento de una de sus hijas devolvería nuevamente a sus blasones el brillo que habían ostentado.

—¿Supongo que no faltarán ustedes a él? — preguntó el coronel, mientras hacía señas a su sobrino, para que buscase la ocasión de que él pudiera hablar a solas con Laura.

El teniente comprendió lo que quería decirle y acercándose a Laura, le dijo, de forma que solamente ella pudiera oírlo.

—Laura, mi tío me ruega que haga usted el favor de salir un momento a la terraza, tiene necesidad de decírla una cosa interesantísima para él y quien sabe si también para usted.

Sin poder sospechar la muchacha el motivo de aquella petición, accedió al deseo del señor Ollendorf y cuando éste se acercó a ella, la dijo:

—Laura, perdóneme que la haya molestado; pero tenía necesidad de hablar con usted un instante...

El coronel tosió fuertemente para hacer desaparecer la carraspera que parecía aprisionar sus garganta, y continuó diciendo:

—Existe un hombre que sufre y tiembla por usted... y ese hombre soy yo...

Hasta ahora no había comprendido ella el motivo de todas aquellas atenciones de que era objeto y que pensaba que únicamente se debían a una buena amistad; pero cuando vió el pensamiento del coronel, no pudo menos de sonreírse de aquél ridículo amor.

Su sonrisa fué interpretada por el señor Ollendorf como un signo favorable a su pretensión y cuando momentos después, se le acercó su sobrino, le dijo, entusiasmado:

—Estoy seguro de haberla convencido... ¡Me ha sonreído de un modo...!

Entretanto, los dos estudiantes, veían correr tristemente las horas, metidos en su encierro, viendo cómo por las calles transitaban alegremente las máscaras que se dirigían hacia el baile del Casino, adonde acudía toda la gente humilde.

Henry los veía pasar con tristeza y su compañero comprendiendo el motivo de aquélla, le dijo:

—Tú también podrás ir al baile. Arreglar las cosas ajenas es mi fuerte, aunque las mías no sepa nunca arreglarlas. Procura esconderte detrás de la puerta y cuando veas entrar a Gogol sal inmediatamente... lo demás corre de tu cuenta.

Hizo Henry lo que le decía su amigo e inmediatamente se puso éste a gritar:

—¡Socorro...! ¡Socorro...!

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Gogol entrando precipitadamente adonde estaba el muchacho.

—Que aquí somos más prisioneros de lo que parece y esta compañía de gente extraña, que se dedica a chupar la sangre del prójimo, no me agrada.

—No te importe —contestó el viejo Gogol—. Todos tenemos derecho a la vida, déjalos picar tranquilamente...

Mientras duró esta conversación, Henry ya había podido salir de la Ciudadela, que era el nombre de la cárcel donde se hallaba, y corrió hacia el baile.

Música, vino, mujeres hermosas, alegría, todo eso

encontré en el Casino para celebrar aquellas horas de libertad que él mismo se había buscado.

No tardó mucho tiempo para que la jovialidad del muchacho se impusiera y fuera el alma de aquella fiesta.

No era solamente en el Casino donde se bailaba aquella noche, sino que, a poca distancia de allí, se hallaba también otro baile, aunque completamente diferente del anterior, por la categoría del público y que, precisamente, era donde había sido invitada la condesa Nowalska.

El coronel, aprovechó un descanso para acercarse a ella y preguntarle:

—¿Podría usted decirme, a qué se debe que su hija no haya querido bailar todavía conmigo?

—Es muy fácil, coronel. Las mujeres de hoy en día no son como éramos antiguamente, que nos asombrábamos por cualquier cosa; hoy es todo lo contrario, les gusta que los hombres sean audaces y usted, por lo que a mí me parece, ha pecado de tímido—respondió la condesa.

—¿Está usted segura que será eso únicamente?—preguntó el señor Ollendorf, algo más tranquilo.

—Completamente segura. Acuérdese usted que de los audaces es siempre la victoria—terminó diciendo la madre de Laura.

Cuando el coronel quedó solo meditó sobre las palabras de su amiga y comprendió que, en efecto, llevaba razón, solamente los audaces son los que pueden salir victoriosos en todos los actos de la vida, y puesto que para alcanzar el corazón de la joven hacía falta

audacia, él le demostraría suficientemente que la suya dejaba en ridículo a la de los jóvenes actuales.

Con ese pensamiento se acercó adonde estaba la muchacha y la invitó a bailar.



—*Señorita!* — exclamó deteniéndola

No tuvo ella más remedio que acceder y cuando estuvieron en medio del salón, le dijo:

—Quiero demostraros que soy más audaz de lo que suponéis...

Y estrechándola fuertemente entre sus brazos la besó en la boca. Ante aquella acción, Laura, indignada,

le contestó con una sonora bofetada, que dejó al pobre coronel en el más espantoso ridículo, mientras que ella huía hacia la calle.

El incidente fué comentado durante algunos minutos; pero nuevamente la alegría de la noche siguió reinando y nadie volvió a acordarse de aquel hecho.

### ESTRANJEROS

### TERCERA PARTE

Al salir Laura del baile se encontró en la calle con un grupo de máscaras que iban al Casino, y, arrastrada por el torbellino callejero, se encontró, sin saber cómo, dentro del baile.

En aquel instante, el que hacía de bastonero dió un golpe en el suelo y llamó la atención de los bailadores, diciéndoles:

—El baile próximo será la danza del Alfabeto. Cada letra mayúscula bailará con la máscara que lleve la minúscula igual.

Sobre dos grandes bandejas estaban colocadas todas las letras del alfabeto y cada máscara iba cogiendo la que le correspondía. Los hombres llevaban las mayúsculas y las mujeres las minúsculas correspondientes.

La casualidad que a veces se entretiene en entredar la madeja de la vida, había envuelto entre sus hilos invisibles a Henrry y a Laura, haciendo que ambos llevasen la misma letra.

—Señorita—exclamó el joven deteniéndola en la misma puerta, cuando ella hacía intención de mar-

charse—, su letra es igual que la mía y, por lo tanto, espero tener la dicha de poder bailar con usted.

Era inútil oponerse y Laura se dejó conducir hacia el baile.

—Me parece que usted es la primera vez que viene aquí—volvió a decirle Henry—, ¿no es cierto?

—Sí, he venido, por casualidad—respondió Laura—; pero pensaba ya marcharme.

—No lo haga usted, se lo suplico—siguió diciéndole el estudiante—. Estoy seguro de que en todo el baile no hay una mujer que sea tan bella como usted.

—¿Cómo lo sabe?—respondió Laura.

—Basta mirar el brillo de sus ojos, para adivinar que bajo su antifaz se oculta un rostro hermosísimo.

Ahora Laura no tenía el menor deseo de marcharse. Aquel joven le resultaba extremadamente simpático y por su manera de hablar comprendía que se trataba de alguna persona instruida, completamente diferente del resto de la concurrencia. Poco a poco, sin que ninguno de los dos se diera cuenta, fueron sintiéndose más atraídos el uno hacia el otro y cuando terminó el baile, Henry llevó a su pareja a un lado del salón y le dijo:

—¿Por qué se quería usted marchar?

—Porque tengo que estar en mi cata antes que noten mi falta—respondió la joven.

—Lo siento; pero no va usted a poder marcharse. No la dejaré salir sin antes conocerla. La dulzura de su voz me hace presumir un rostro divino de mujer y quiero conocerlo.

—¡Imposible!—protestó Laura, haciendo ademán de



...y se quitó el antifaz...

impedir que le quitara el antifaz, pero en la lucha que sostuvieron, los cuerpos se unieron fuertemente y Henrry, al tener cerca de él los labios de su desconocida, sintió un ansia infinita de besarlos.

La estrechó más fuertemente entre sus brazos y unió su boca a la de ella en un beso de infinita pasión, que hizo vibrar el alma de la joven.

Laura sintió en aquel momento un imperioso deseo de mostrar su rostro a quien, en un beso, le había hecho sentir la más dulce sensación de su vida y cuando, al fin, pudo desprenderse de sus brazos, corrió hacia la puerta y se quitó el antifaz, a la vez que huía de allí.

El coronel, entretanto, se hallaba indignadísimo por el suceso de aquella noche y le decía a su sobrino:

—¡Me ha hecho hacer el ridículo más espantoso!

—No te apures, tío. Esos son gajes del oficio—respondió el oficial.

Pero el coronel no se avenía a razones y continuó diciéndole:

—¡Te juro que me la pagará...! ¡He de buscar una engaña mucho mayor que su ofensa!

Dió dos o tres vueltas por la habitación y de pronto exclamó:

—¡Ya está!... Necesito para ello un muchacho de buena presentación e instruído y el estudiante de esta mañana me servirá admirablemente.

Llamó al sargento Gogol y le ordenó:

—Traiga al muchacho arrestado esta mañana, al que dice llamarse Henrry.

Corrió Gogol a cumplimentar la orden y le preguntó a Juan:

—¿Dónde está tu amigo, que no lo veo?

—Ha sido llamado urgentemente desde el baile del Casino, pero no tardará en volver, no os preocupéis por su ausencia.

—Es que el coronel lo ha mandado buscar inmediatamente—exclamó Gogol.

—Entonces, querido viejo, tendréis que ir a buscármelo—respondió Juan.

—Esta fuga os costará un serio disgusto. Tu amigo, por fugarse, y tú por cómplice, seréis fusilados—exclamó indignado el viejo sargento, mientras salía.

Al poco rato se presentaba en el baile del Casino y Henrry, al verlo, se acercó a él y le preguntó:

—¿A quién buscáis, amigo?

—¡A quien a ti no te importa!—contestó malhumorado el sargento.

—Perdonad, lo decía sólo para ayudaros—volvió a decirle Henrry.

Algo más comunicativo el veterano Gogol repuso:

—Busco a un muchacho que se ha escapado de la Ciudadela.

—Yo os ayudaré a buscarlo y, si está aquí, tened por seguro que le encontraremos.

En una mesa situada en el centro del salón, un muchacho, a quien sin duda los efectos del alcohol y los del baile se le habían subido al cerebro, se hallaba echado de brúces con la cabeza entre las manos y Henrry, señalando para él, le dijo a Gogol:

—Fijaos en aquel muchacho que procura ocultarse. Tiene las mismas señas que me habéis dicho.

El viejo sargento se llegó hasta él y despertándolo bruscamente, le dijo:

—Quedáis detenido, por haberos fugado de la Ciudadela.

—¡Amigo!—exclamó el otro—. El vino se os ha debido subir a la cabeza. Ni me he fugado de la Ciudadela, ni jamás he estado en ella.

Y volvió nuevamente a echarse. Gogol, al ver su cara, comprendió que se había equivocado y lo dejó tranquilamente, mientras que Henrry se lo llevaba a una mesa que había vacía y le decía:

—No os apuréis, que tarde o temprano lo encontraremos. Entretanto, vamos a beber un poco, que supongo no os disgustará.

Gogol hizo alguna resistencia al principio; pero pronto dió cuenta de un par de botellas, que el estudiante había mandado traer.

Borracho, como una cuba, Henrry lo condujo a la Ciudadela y él se presentó al coronel, que le dijo:

—Te he mandado llamar, para decirte que si sigues mis instrucciones te dejaré en libertad, lo mismo que a tu amigo.

—¿Qué es lo que hay que hacer?—preguntó el muchacho.

—Muy sencillo. Tú, desde ahora, eres el príncipe Sergio y le harás el amor a Laura Nowalska. Si dentro de ocho días, no has conseguido que te ame, volverás otra vez a la Ciudadela.

Henrry se quedó como quien ve visiones, ante aque-

llas palabras, y el coronel, entregándole unos cuantos billetes, terminó diciéndole:

—Aquí tienes este dinero para que compres alguna ropa y te presentes como corresponde a tu nueva situación.

—No quiero privaros de vuestra libertad, amigo. Podéis marcharos, cuando gustéis.

Bella había cogido por su cuenta al pobre Juan, quien en asuntos de mujeres era un completo neófito, y lle-

#### CUARTA PARTE

Al día siguiente Ladislao Matyko se presentaba a la condesa de Nowalska, para anunciarle la visita del príncipe, diciéndole:

—Mi amigo el príncipe Sergio, de paso por Cracovia, me ha rogado que lo presente a ustedes y yo me he adelantado algo para anunciarles que dentro de poco estará aquí.

No había acabado de decir esto, cuando el viejo Onore anunció solemnemente, desde la puerta, la llegada del príncipe y de su secretario particular.

Había sido demasiado fuerte la impresión que Laura había causado en Henrry para que no reconociese desde el primer instante que Laura Nowalska y la máscara de la noche anterior eran la misma persona.

—Me habían dicho que Cracovia era el país de las mujeres hermosas, pero al verla a usted, considero que han quedado parclos en el elogio—exclamó Henrry saludándola. Y volviéndose hacia donde estaba el oficial, le dijo:



ATA

—Por muchas que sean las bellezas...

vándoselo a una mesa, donde había servido la merienda, le dijo, cariñosamente:

—¿Os gusta Cracovia?

—A mí me gusta siempre lo que le agrada al príncipe—respondió el muchacho.

—¿Nada más que eso?—volvió a preguntarle intencionadamente la joven.

—Es mi única misión, seguirlo por todas partes.

—Pues, a pesar de todo y de vuestro aire de timidez, a mí no me inspiraríais ninguna confianza... Debéis ser muy pillín para con las mujeres...

—Os aseguro que no. Siempre les he tenido miedo— contestó francamente Juan. Pero Bella no estaba dispuesta a perder la conquista del secretario del príncipe, que, por otro lado, le había sido extremadamente simpático, y continuó con sus deliciosas travesuras, hasta que el pobre muchacho, sin saber lo que hacía, la atrajo fuertemente y la besó.

—Lo que acaba de hacer es una incorrección— exclamó fingiendo indignación Bella.

—Perdóname usted, pero debe haber sido el champán que se me ha subido a la cabeza—respondió el estudiante.

—¿El champán?—preguntó extrañada la joven—. ¡Pero si no hemos bebido más que té!

—Es lo mismo, yo estoy tan poco acostumbrado a beber, que cualquier cosa me perturba el cerebro.

Mientras el comienzo de este idilio tenía lugar en un lado, en la habitación contigua daba principio también a otro más interesante: el de Laura y Henrry.

—¿Piensa, Su Alteza, estar mucho tiempo en Cracovia?—le preguntó la joven.

—Lo menos ocho días—respondió el príncipe, acordándose del plazo que le había concedido el coronel.

—Durante ese tiempo podrá usted admirar las muchas bellezas que encierra nuestra ciudad—volvió a decirle Laura.

—No es necesario — contestó galantemente el joven—. Por muchas que sean las bellezas que haya en este maravilloso país, ninguna podrá compararse con la que he visto hoy.

Comprendió la muchacha el sentido de las palabras del príncipe y bajó la cabeza, avergonzada; pero, detectando en su mirada un profundo agradecimiento por aquellas frases.

Las horas transcurridas en el palacio de la condesa de Nowalska, fueron deliciosas para el pobre estudiante y esta misma entrevista se repitió durante varios días consecutivos. Pero, sin embargo, la conciencia de ambos muchachos se rebelaba ante la indignidad de aquella acción y decidieron poner fin a la crítica situación en que se hallaban con una enérgica resolución.

Una tarde Henrry llamó a su amigo, y le dijo:

—Juan, es preciso que abandonemos la ciudad hoy mismo.

—¡Eso no es posible!—exclamó el muchacho—. Has pensado en nuestras novias?

—Precisamente por eso tenemos que marcharnos antes de que se aclare todo este enredo. Por lo menos que guarden de nosotros un recuerdo cariñoso, mientras que si seguimos aquí, seremos despreciados por ellas.

—Llevas razón, Henrry. Hoy mismo saldremos hasta la frontera inmediata y las privaremos así del sonrojo a que quiere someterlas el coronel.

Pero la conversación de los dos jóvenes fué sorprendida por el sobrino del coronel, que fué inmediatamente

te a dar cuenta a su tío de todo cuanto pensaban los estudiantes.

Aquella noche, siguiendo el plan que se habían propuesto, los dos jóvenes se encaminaron hacia la frontera, pero antes de abandonar la ciudad, Juan quiso, por última vez, despedirse de Bella.

Esta lo vió desde el balcón y, acercándose a su hermana, le dijo:

—Me parece que ocurre algo grave, vamos a ver lo que le pasa al príncipe. Está en la puerta.

También Henrry no podía sustraerse al deseo de ver, aunque fuera por última vez, a la mujer que había hecho latir su corazón al impulso del único amor de su vida y entró en el palacio.

—Espero que vuestra ausencia será corta—le dijo Laura, al saber que se marchaba.

Henrry, ante la pureza de aquel amor que le demostraba la joven, sintió un noble deseo de confesarle toda la verdad y comenzó diciéndole:

—Laura, antes de partir quiero confesaros...

—Es inútil—le atajó ella—, lo había adivinado... Sois la máscara del baile del Casino... ¿No es eso lo que me ibais a decir?

Era tan dulce su mirada, tan acariciadora aquella firme confianza, que Henrry se sintió débil, una vez más, y ocultó piadosamente la triste verdad.

Y la joven enamorada, en el momento de despedirse del hombre amado, aún tuvo para él una frase cariñosa y le dijo, como si en aquellas palabras quisiera expresarle todo su amor:

—¡Os prometo no olvidaros nunca!

—Yo os juro que siempre os amaré—contestó Henrry separándose de ella.

Tan ensimismados iban en sus recuerdos que ninguno de los dos se dió cuenta de que el carroaje había cambiado de cochero y de que aquél seguía el camino de la Ciudadela, hasta que se encontraron ante la puerta y vieron bajar del pescante a Gogol, que les dijo:

—El coronel os está esperando. A él le daréis cuenta de esta fuga.

Ante la imposibilidad de poder huir optaron por hacer frente a la situación y entraron en el aposento del coronel que les dijo, al verlos:

—De esta huída no habíamos tratado nada.

Henrry, ante la sonrisa irónica del coronel, no pudo contenerse y exclamó indignado:

—Perfiero volver a la Ciudadela, antes de continuar esta farsa.

—Eres libre de elegir lo que más te plazca; pero es preciso que asistas esta noche al baile que doy en honor del príncipe Sergio...

Y en la imposibilidad de poder rebelarse contra aquella orden, los dos amigos quedaron sumidos en la más triste desesperación.

## QUINTA PARTE

El coronel Ollendorf había anunciado a sus invitados que en el baile de aquella noche habría una sorpresa y a su sobrino le dijo, momentos antes de empezar la fiesta:

—El baile de esta noche no será más que una continuación del de máscaras..., pero con los papeles invertidos. Hoy será Laura la que quede en el más espanto- so ridículo.

Y luego, dirigiéndose al sargento Gogol, que aguardaba sus órdenes, le dijo:

—Esta noche a las once entrarás en el salón del baile y ejecutarás mis órdenes.

Al empezar la fiesta, el coronel reunió a sus oficiales y les dijo:

—Hay que impedir que nuestro príncipe hable con Laura Nowalska.

Y, en efecto, Henry no pudo acercarse ni un solo momento a la mujer amada. Pronto comprendió que el coronel habría preparado algo desagradable para la muchacha y le dijo, indignado:

—He adivinado vuestras intenciones. Queréis impedir que confiese la verdad a Laura.

—Habéis acertado, "Alteza"; pero no os intranqui-



*...antes de partir quiero confesaros...*

lveis por ello, Laura será mi esposa, cuando comprenda el ridículo que ha hecho.—contestó burlonamente el coronel.

Entretanto, Juan y Bella, algo apartados del baile, seguían entusiasmados su idilio amoroso, ajenos por completo a la tormenta que se cernía sobre sus cabezas.

En aquella crítica situación concibió Henry una

idea salvadora, lo vencería con sus propias armas y tal como lo pensó lo hizo. Se colocó en el centro del salón y gritó:

—¡Señores!... ¡Voy a comunicaros la sorpresa que había reservada para esta noche!... El coronel Ollendorf me ha honrado con su confianza, para anunciaros mi próximo enlace con la condesa de Nowalska!

La pobre condesa estuvo a punto de sufrir un desmayo por la alegría que le causaba la noticia, mientras que el coronel exclamaba:

—¡Este muchacho se ha vuelto loco!

Pero la galantería exige ciertos sacrificios y la del coronel le obligó a aceptar las felicitaciones de sus invitados y confirmar las palabras del estudiante.

En este instante se presentó el sargento Gogol, acompañado de varios soldados y leyó una orden del coronel que decía:

“Queda detenido el estudiante Henrry Zalesky, por haber usurpado la personalidad del príncipe Sergio y por este motivo será conducido a la próxima frontera para ser expulsado de nuestro territorio.”

—¡Pero... usted es el estudiante que menciona la orden!—exclamó Laura.

—Sí, Laura... Yo soy Henrry Zalesky... Por eso quise huir anoche, para evitar que llegase este momento,

Y la pobre muchacha, con el corazón dolorido por el desengaño, lo vió marchar, mientras que lloraba amargamente la desilusión de su gran amor. Bella se acercó a ella y le dijo:

—¿Pero tú a quién amabas, a su título de príncipe, o a él?... Si era a él no dudes más y corre a su lado...

Aquellas palabras le demostraban lo que debía hacer y Laura, sin pensar lo que decía, sin empujada por su amor, corrió tras el hombre amado.

Pero Bella quería dar el último golpe y exclamó, gritando para que todos la oyieran:

—La detención del príncipe Sergio ha sido únicamente una broma del coronel, para dar lugar a anunciaros otras dos bodas, la del príncipe con mi hermana y la mía con su secretario.

El coronel comprendió todo el amor de aquellos muchachos y, conmovido ante él, repuso:

—Es cierto, todo ha sido una broma y la misma Bella será la encargada de decirle a Su Alteza que lo estamos esperando para celebrar este fausto acontecimiento.

Y, una vez más, el amor de dos corazones salió victorioso de la prueba a que los habían sometido.

F I N

E. 19-2-6/8

## EL CONSEJERO DEL AMOR

Nada más hermoso, nada más subyugante que el dulce sentimiento del amor. Pero nada más engañoso, nada más falaz que este mismo sentimiento torpemente interpretado. Un error en amor representa la infelicidad para toda una vida que habrá podido caminar por las sendas de la felicidad.

¡Precavos contra los cazadores furtivos del amor!

¡Soñad, pero con los ojos muy abiertos a la realidad!

Leed cada jueves.

## EL CONSEJERO DEL AMOR

y él os orientará y os dirá lo que debéis y lo que no debéis hacer en amor

Precio: veinticinco céntimos

## LA NOVELITA

¡He aquí la colección soñada por la juventud!

Los más tiernos amores históricos y literarios narrados en forma amena y moderna por las más diestras plumas literarias.

Los Amores de Romeo y Julieta

Los Amores de Otelo y Desdémona

Los Amores de los Amantes de Teruel

Los Amores de Marta y Menelic

Los Amores de Dafnis y Cloe

Los Amores de Fausto y Margarita

¡Compre usted un número y los querrá leer todos!

SESENTA Y CUATRO PAGINAS ILUSTRADAS, 30 CENTIMOS

Aparece los días 1 y 15 de cada mes

---

EDITORIAL SANXO, LTDA.

Bou de San Pedro, 9. - Barcelona